

La voz de las repúblicas en Antonio Machado

The voice of the republics in Antonio Machado

ANTONIO J. CARRILLO BURGOS*

Resumen: A la hora de poder comprender el papel que juega la idea de República en don Antonio Machado, más allá de poner de manifiesto su inquebrantable fidelidad al régimen democrático, este artículo pretende sentar algunas líneas básicas de los sentidos que este concepto juega en su vida y obra, tanto poética como filosófica y docente. En primer lugar, la idea de republicanism se encuentra directamente engranda con su tradición liberal-familiar en la que se acentuará su rechazo al modelo monárquico bajo ciertas dosis de anticlericalismo. En segundo lugar, la noción de República toma el papel de modelo dialógico que, al margen de su marcado platonismo, nos señala la importancia de las formas del diálogo, esto es, el socrático-racional, el cordial-evangélico y el quijotesco como ideales para la ciudadanía. Finalmente, el concepto viene a identificarse con los modelos vigentes de la II y lo que Machado llama «Tercera República», como forma de compromiso y pacifismo beligerante durante la guerra civil.

Palabras clave: Republicanismo, Régimen democrático, Tradición liberal-familiar, Formas del diálogo, Ideales para la ciudadanía, Pacifismo beligerante.

Abstract: This article is an attempt to set some basic lines of the concept of what Republic means to Antonio Machado, not only in his life but also in his political, philosophical and educational works, as well as showing his unbreakable loyalty to the democratic regime.

In the first place, his republicanism is ingrained in his traditional liberal family background, which emphasizes his rejection of the monarchic model with great doses of anticlericalism. Secondly, the Republican concept takes the role of dialogue, which apart from its obvious Platonism, shows us the importance of the different forms of dialogue. That is to say, the Socratic-rational, the cordial-evangelical and the Quixotic forms as ideal for the citizens.

Finally, this concept identifies itself with the existing models of the second (Republic) and what Machado calls «the Third Republic» as a means of compromise and belligerent pacifism during the civil war.

Key words: Republicanism, Democratic regime, Traditional liberal-family, Forms of dialogue, Ideal for the citizens, Belligerent pacifism.

1. El estado de la cuestión: la república como ideal y como compromiso

Para empezar, y antes de analizar las aproximaciones previas al ideal republicano en Machado, podemos acotar los vértices en los que se estructura dialécticamente la voz de las repúblicas en torno a una serie de enfoques fundamentales que confluyen en nuestro pensador. En primer lugar, contamos con la idea de republicanism asociada a la tradición familiar, tradición que le conduce directamente a la simpatía intelectual y vital por la Primera República y algunos de sus seguidores, especialmente, el caso de Salmerón, y al rechazo de las formas

Fecha de recepción: 6 noviembre 2009. Fecha de aceptación: 25 febrero 2010.

* Departamento de Ciencias Humanas y Sociales, Universidad de Almería. 04120 Almería. E-mail: ajcarrillo@ual.es

anquilosadas de caciquismo y del modelo turnista de la alternancia en el poder que se refleja tanto en su obra poética como en prosa. En segundo lugar, y de mayor alcance filosófico e intelectual, la idea de república es entendida como la búsqueda de un ideal basado en las diferentes formas de diálogo: el socrático-platónico de las ideas genéricas, el cordial-evangélico de las razones del corazón, y el quijotesco de las creencias encontradas; formas que contribuyen al espíritu docente y regeneracionista que puede educar al pueblo frente a la afonía de la masa y constituirse en los protagonistas de la forma racional de gobierno que representa la República platónica. En tercer lugar, su compromiso intelectual, civil y activista, aunque no militante de partido, a favor de la proclama de la Segunda República; por último, este sentido se irá radicalizando con el deseo expreso por parte del poeta de poner de manifiesto el advenimiento de una Tercera República de marcado carácter social, en pleno desarrollo de la guerra civil, y donde se confrontarán los ideales de lealtad a la legitimidad democrática y de exaltación de una especie de pacifismo beligerante frente a sus detractores.

Si existe algún hilo conductor de la vida y obra del poeta y filósofo, don Antonio Machado, este se hilvana en torno a la idea de la República como compromiso. No es una cuestión coyuntural o accidental en su itinerario intelectual e ideológico, sino la piedra angular sobre la que se asientan conceptos como los de pueblo, diálogo y pacifismo, e incluso el soporte estético que da fondo a muchos de sus más logrados poemas. El ideario republicano se irá articulando a lo largo de la vida del pensador hasta formar parte del fatal destino que, al igual que a otros hombres y mujeres que habían permanecido fieles a la República, le llevó al exilio y la muerte. Pero antes de defender los argumentos que me llevan a postular esta forma de compromiso cívico, debo hacer referencia al estado de la cuestión, a la forma en que se nos ha presentado el republicanismo de Machado, con sus aciertos y sus errores, especialmente, aquellos posibles equívocos, tópicos y dudosas ambivalencias a las que ha sido sometido por sus intérpretes.

Atrás quedan los esfuerzos por infravalorar el talante republicano de don Antonio, especialmente, el de Gómez Molleda¹, que desde su posición ideológica, se afana en hacer incompatible el pensamiento liberal y el pensamiento republicano de Machado, acentuando sus interpretaciones armonistas hasta 1936 y reduciendo la ideología republicana a «textos muy de circunstancias»². Sin embargo, y al margen de la acreditada tarea por mostrar el peso específico del «liberalismo cordial» en el poeta por parte de Ouimette³, el punto de inflexión que hace más justicia en el rastreo de la doble fuente liberal y republicana de Machado se remonta a 1913, en el prólogo a la segunda edición de sus *Soledades, Galerías y otros poemas*, emparentado con la crítica a las doctrinas liberales y a la crisis del racionalismo. Aquel momento supone el nacimiento y la fuente que irriga ya ese camino que conduce a la «razón democrática y la fe republicana»⁴.

1 Cf. Isabel Gómez Molleda: *Guerra de ideas y lucha social en Machado*, Madrid, Narcea, 1977; igualmente puede confrontarse una síntesis de sus planteamientos en: «La España de la concordia en Machado», *Estudios sobre Antonio Machado*, eds. T. Berchem y H. Laitenberger, Münster, Aschendorff, 1992, pp. 54-66.

2 *Ibid.*, p. 65.

3 Cf. Víctor Ouimette: «Antonio Machado y el liberalismo cordial», en *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1936)*, Valencia, Pre-Textos, vol. I, 1998, [pp. 461-526].

4 Paul Aubert: «“Gotas de sangre jacobina”. Antonio Machado republicano», en *Antonio Machado hoy (1939-1989)* Madrid, Casa de Velázquez, 1994, p. 310. Para una comprensión más amplia del problema del despertar cívico y de la posible periodización, así como del papel que juegan las diferentes formas del diálogo en el

Al margen de la controversia por la que se han acentuado los rasgos liberales de la ideología machadiana sobre los aspectos revolucionarios y republicanos de la misma, hoy contamos, tras la lectura del conjunto de su obra, tanto en poesía como en prosa, con más de una declaración expresa que no deja lugar a dudas de sus credenciales a favor de la República, verdadero *leitmotiv* cívico y ético, como ejercicio del ideal de ciudadanía que le tocó vivir. Muy relevante resulta la afirmación que lleva a cabo en su artículo «Sobre la disolución de la «Casa de la Cultura»», donde, a modo de declaración de intenciones, nos confiesa:

«Mi posición política es hoy la misma de siempre. Yo soy un viejo republicano para quien la voluntad del pueblo es sagrada»⁵,

para añadir a continuación: «Toda mi vida estuve frente a los gobiernos que, a mi juicio, no lo representaban»⁶. Es cierto que esta declaración se contextualiza dentro del verano posterior al golpe militar contra la República, en aquella estancia obligada que le lleva, temporalmente, a Valencia. Sin embargo, sintetiza su lealtad al modelo legítimo de gobierno y hace expresa su «disciplina» en aquellos momentos «trágicos». Pero hasta esta defensa numantina de la legalidad y su adhesión ético-cívica al gobierno de entonces, su itinerario no deja lugar a dudas.

Su tradición familiar e intelectual le liga, como sabemos, al pensamiento liberal y la formación académica de la otra España, la España laica y democrática propia de los Machado de «ambas Repúblicas»⁷. Por eso, más allá de la anécdota o el simple testimonio, no es cuestión baladí –tal y como se desprende de la lectura y el testimonio de Gibson– el hecho de que en el otro cementerio madrileño, en el cementerio civil de 1984, descansen los restos, entre otros, de D. Antonio Machado Núñez, abuelo del poeta, y D. Nicolás Salmerón, maestro en la Institución Libre de Enseñanza, donde se educaron sus nietos. Tanto el abuelo de Machado como el tribuno almeriense tomaron, a su manera, parte en el derrocamiento de Isabel II, la proclama y el Gobierno –aunque en distinta medida– de la Primera República.

La encrucijada en la que fluctúa la España de los Machado ha hecho oscilar al pueblo y a sus intelectuales, al menos desde la revolución septembrina hasta entonces, sobre el balancín imaginario del que tanto nos hablan sus poemas. Es verdad que esta concurrencia ha sido ya cantada en los versos de sus poemas más conocidos. Sin embargo, haré tan sólo una obligada, pero breve referencia a alguno de ellos, para no recaer en los tópicos al uso, pues como trato de sugerir con el título de «La voz de las repúblicas en Machado» del presente escrito, no pretendo hablar del canto más poético de sus versos, sino de la voz más reflexiva que encontramos en sus prosas, entrevistas y catilinarias. Por todo ello, sería injusto olvidar, dentro del tono finisecular al que pertenece nuestro poeta, aquellos versos que delatan el rechazo de ese mal endémico en que se ha convertido el cainismo ideológico y religioso,

ideal de ciudadanía de don Antonio puede consultarse mi libro: *Pensar poético y convivir cívico en Antonio Machado*, Almería, Ed. Universidad de Almería, 2010.

5 *Obras Completas* III, [En adelante OC], Barcelona, RBA-Instituto Cervantes, p. 2195.

6 *Idem*.

7 Ian Gibson: *La vida de Antonio Machado, Ligero de equipaje*, Madrid, Aguilar, 2006, p. 23. También resulta muy útil la lectura que hace de los antecedentes e itinerarios de los Machado, Enrique Baltanás: *Los Machado. Una familia, dos siglos de cultura española*, Sevilla, Fundación José María Lara, 2006.

tan hermanado en su tratamiento con el maestro Unamuno⁸. Basta con bosquejar la obra poética para entresacar algunos de los motivos condenatorios, como los del principio del poema XCIX, «Por tierras de España»:

«El hombre de estos campos que incendia los pinares
y su despojo aguarda como botín de guerra,
antaño hubo raído los negros encinares,
talado los robustos robledos de la sierra»⁹

Hombre y ciudadano de una patria parda, atrasada y propia de la Arcadia, a la que irá retratando en claro ejemplo de etopeya, como cuando nos dice:

«Abunda el hombre malo del campo y de la aldea,
capaz de insanos vicios y crímenes bestiales,
que bajo el pardo sayo esconde un alma fea»¹⁰

y bajo cuyos «ojos siempre turbios de envidia o de tristeza»¹¹, se preludia ese fatal desenlace que acabó, a la postre, con la legalidad del posterior régimen republicano. Versos que contribuyeron a cimentar el núcleo poético y literario de su «Tierra de Alvargonzález», donde el cainismo en forma de tragedia puede condensarse en la estrofa final del romance que tanto impresionó al joven Lorca:

«VI
Llegaron los asesinos
hasta la Laguna Negra,
agua transparente y muda
que enorme muro de piedra,
donde los buitres anidan
y el eco duerme, rodea;
agua clara donde beben
las águilas de la sierra,
donde el jabalí del monte
y el ciervo y el corzo abreven;
agua pura y silenciosa
que copia cosas eternas;
agua impasible que guarda
en su seno las estrellas.
Padre!, gritaron; al fondo

8 Aunque es uno de los temas más tratados por sus intérpretes, resulta imprescindible la consulta de la clásica obra de Aurora de Albornoz: *La presencia de Unamuno en Antonio Machado*, Madrid, Gredos, 1968.

9 *OC*, I, p. 495.

10 *Idem*.

11 *Idem*.

de la laguna serena
cayeron, y el eco padre!
repitió de peña en peña»¹².

El acervo de voces y cantos de esa España que bosteza tan delicada y sutilmente descrita en su acabado poema, «Del pasado efímero», acentúa su condena al inmovilismo y el carácter reaccionario de

«Este hombre del casino provinciano
que vio a Carancha recibir un día,
tiene mustia la tez, el pelo cano,
ojos velados por melancolía»¹³;

donde la iconografía del «bigote gris» o el «pelo cano» esconde la España del ayer, más propia de la pandereta, del hombre de libaciones, de cualquier tahúr del casino, y que debe dejar paso a otra España del mañana, que no tenga la «cabeza cana», que supere el tedio, la somnolencia y ese carácter taciturno e hipocondríaco propio de la «cepa hispana» que lo acerca más a la melancolía del ayer, tan románticamente evocado en los innumerables versos que sobre la imagen del río, el agua que brota, o la fuente, parece que quisieran permanecer anclados en el pasado. Poema que tiene su reválida y contrarréplica en aquella otra composición inmortalizada por el cantautor catalán Serrat, «El mañana efímero», donde se sentencia y pone fin a

«La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía,
devota de Frascuelo y de María,
de espíritu burlón y de alma quieta,
ha de tener su mármol y su día,
su infalible mañana y su poeta»¹⁴

Una reivindicación de la nueva patria, de claros vientos regeneracionistas, noventayochistas y republicanos; más civilizada, más educada, con claros sesgos de laicismo y educación ciudadana –tal y como pretendía la *ILE* y su adorable maestro para don Antonio, Giner de los Ríos–. Un pueblo que debía alejarse del «vano ayer», esclerotizado por las «barbas apostólicas» y «católicas» de una Iglesia empeñada en mantener el Antiguo Régimen y, con él, sus privilegios a cualquier precio. Patria que revela las malas virtudes del caciquismo huero que encontramos en el «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido». Pues bien, frente a ella, en esa esperanza prematura y profética de la que hablan los versos del poeta, nos encontramos

12 OC, I, p. 541.

13 OC, I, p. 559.

14 OC, I, p. 567.

«... otra España nace,
 la España del cincel y de la maza,
 con esa eterna juventud que se hace
 del pasado macizo de la raza.
 Una España implacable y redentora,
 España que alborea
 con un hacha en la mano vengadora,
 España de la rabia y de la idea»¹⁵

Y, por fin, en este breve repaso a las dos Españas de Machado, no pueden faltar aquellos versos proféticos:

«Ya hay un español que quiere
 vivir y a vivir empieza,
 entre una España que muere
 y otra España que bosteza.
 Españolito que vienes
 al mundo, te guarde Dios.
 Una de las dos Españas
 ha de helarte el corazón»¹⁶

Estrofa que prelude el desenlace fatal de una guerra civil/incivil –como gustaba decir a don Miguel– y que se cobró tantas víctimas inocentes del pueblo, de sus ciudadanos y ciudadanas; y que tanto indignaron al poeta. Buena prueba de ello fueron esos versos de rabia y epitafio que dedicó a la muerte de Lorca, bajo el título de «El crimen fue en Granada», donde la escenografía del poema nos hace enmudecer a la par que las circunstancias narradas, especialmente esos dos versos profundos y terribles que nos convierten en testigos mudos: «Se le vio caminar solo con Ella»¹⁷.

2. La República como forma racional de gobierno y de educación para la ciudadanía. Itinerarios vitales y confluencias filosóficas: diálogo y república

Aunque con las referencias anteriores no se puede hacer justicia al cantar con el que los poemas de Machado pueden testimoniar las dos Españas, ha llegado la hora de centrarnos en sus reflexiones en prosa. Reflexiones que nos irán descubriendo tradición, sentimientos, ideas y vivencias de sus formas de republicanismo.

A mi juicio, uno de los testimonios referenciales que más atestiguan su compromiso –y el de por aquel entonces fiel republicano, su hermano Manuel–, se encuentra en alguna de las respuestas que, en tono claramente maireniano, comparten los mayores de los Machado; me refiero a aquella entrevista realizada por Francisco de Viu y que apareció en *la Voz* de

15 OC, I, p. 568.

16 OC, I, p. 582.

17 OC, I, p. 828.

Madrid, en clara sintonía con los acontecimientos que vieron despertar el nacimiento de la Segunda República. Pues bien, de entre las respuestas quisiera destacar aquellas palabras que revelan a las claras, particularmente, el pensamiento de don Antonio:

«–La República es la forma racional de gobierno, y por ende, la específicamente humana. Contra ella pueden militar razones históricas, místicas, sentimentales, nunca razones propiamente dichas, que emanen del pensamiento genérico, la facultad humana de elevarse a las ideas. Por eso la República cuenta siempre con el asentimiento teórico de las masas, con sólo que éstas alcancen un mediano grado de educación ciudadana. Se requiere una abogacía muy sutil para convencer al pueblo de los motivos pragmáticos, nada racionales, que le aconsejen inclinarse a otras formas de gobierno. En España, esta abogacía ha fracasado. Porque a la monarquía española no la abona ya, a los ojos del pueblo, ni el éxito a través de la historia, ni el sentimiento religioso, ni siquiera el estético. No tiene defensa posible, y en verdad, nadie la defiende»¹⁸.

Con la «forma racional de gobierno», no se refiere tan sólo a la acreditación de la República legal como modelo de un régimen jurídico de gobierno del pueblo –sinónimo muy a las claras de la idea de democracia–, sino que bajo la lectura de *La República* platónica, se identifica a esta con la voz propia que supone el modelo dialógico que representa la obra del inmortal filósofo griego, y con ella, la posibilidad que emana de ese «pensamiento genérico» propiciada por esa «facultad de elevarse a las ideas», es decir, la razón o dialéctica platónicas. Pero para que esto fuera posible, se requería, hoy como ayer, «un mediano grado de educación ciudadana», grado que sólo otorgaba el pasar por la escuela, lugar idóneo para el ejercicio de las diferentes formas de diálogo: el de las ideas o socrático-platónico, el de las razones del corazón o cordial-evangélico, y el de las creencias o diálogo quijotesco.

Los riesgos que llevan al enfrentamiento civil no radican para Machado en el discurso de las ideas; al menos, no al modo platónico, sino en la confrontación de creencias; pues es aquí donde se ve amenazada la forma dialogada que conduce a las verdades genéricas y universales del Platón de la *República*, y siguiendo la máxima del profesor apócrifo, *Juan de Mairena*, según la cual, se atreve a darnos, a través de sus clases de Oratoria y Sofística, ese consejo de sagacidad socrática:

«Nosotros, los maestros, somos un poco egoístas, y no siempre pensamos que la cultura sea como la vida, aquella antorcha del corredor a que alude Lucrecio en su verso inmortal. Nosotros quisiéramos acapararla. Nuestras mismas ideas nos parecen hostiles en boca ajena porque pensamos que ya no son nuestras. La verdad es que las ideas no deben ser de nadie. Además –todo hay que decirlo–, cuando profesamos nuestras ideas y las convertimos en opinión propia, ya tienen algo de prendas de uso personal, y nos disgusta que otros las usen. Otrosí: las ideas profesadas como creencias son también gallos de pelea con espolones afilados»¹⁹.

18 *Prosas Dispersas*, [En adelante PD], Madrid, Páginas de Espuma, 2001, p. 686.

19 OC, III, p. 1979.

Introduciré Machado en las lecciones mairenianas de su mejor obra en prosa ese tono socrático del diálogo, aunque con tintes andaluces, de maestro socarrón y buen humor, como si quisiera hacer de sus clases un modelo para la ciudadanía, eso que hoy está tan injustamente maltratado, por denominarse «educación para la ciudadanía», y que en términos machadianos se entiende como «un mediano grado de educación ciudadana», en clara consonancia con la ética gineriana de la *ILE*; y que no es, ni más ni menos, que el ejemplo contemporáneo de aquella *paideia* platónico-socrática de la *República*, del ideal docente de La Institución Libre de Enseñanza, o de esa «Escuela Popular de Sabiduría» que pensó fundar Juan de Mairena, donde, junto a la Metafísica y Poética, se reserva para sí la cátedra de Sofística, ya que el ejercicio de la tolerancia y el diálogo, junto al afronte de creencias, van a ser los pilares básicos para educar a la ciudadanía. Pero, es más, si en el primer caso el elitismo de clases se declara al final de la República a favor del gobierno del filósofo-rey; si la *ILE* se centra demasiado en la formación de élites, aunque con un talante laico y liberal, la Escuela maireniana refuerza el valor de todas las ideas y creencias populares, a condición de que se sometan a crítica. Pues sin dicha crítica de las creencias, los «espolones afilados» destruyen el clima de diálogo que debe presidir cualquier foro para Machado: desde el ágora o la plaza, hasta el parlamento, la escuela o la universidad.

El otro referente, claramente aludido en el texto, y por el que se reprueba aquella monarquía que «no abona ya, a los ojos del pueblo», tiene sus vinculaciones más evidentes en la tradición republicana española a la que se adhiere don Antonio, de marcado carácter idealista y estético, y a la realidad de su enarbolada defensa de la proclamación de 14 de abril del 31. Vayamos, por tanto, al encuentro de los testimonios que dan voz a esa otra República, que en tono romántico abraza nuestro pensador, a la Primera República. Uno de los más reveladores y expresamente confesados por el poeta-pensador, dice así:

«Estudí en la Institución Libre de Enseñanza y tuve por maestros a Giner de los Ríos, Cossío y Salmerón, teniendo como condiscípulo a Besteiro. No es difícil, por tanto, deducir que mi formación había de ser liberal y republicana, que por otra parte había de coincidir con la historia política de mis antepasados, ya que mi padre y mi abuelo eran republicanos fervorosos»²⁰.

En él se condensa la tradición republicana de alguno de sus maestros expresamente declarados y, de entre ellos, del almeriense Salmerón. Sin embargo, como hemos venido sugiriendo, en el mismo compromiso liberal y republicano sitúa a su padre, Antonio Machado Álvarez, y a su abuelo, Antonio Machado Núñez. Por todo ello, frente a la fracasada abogacía de la monarquía de la que se ha hecho eco, Machado nos advierte en una de sus cartas a Unamuno:

«Creo, sin embargo, que como políticos han hecho una labor negativa, porque son los *saboteurs* más o menos conscientes de una revolución inexcusable. Comenzaron proclamando la accidentalidad de la forma de gobierno, muy a destiempo y en provecho inmediato de la superstición monárquica y del servilismo palatino. Con ello han

²⁰ OC, III, p. 2277.

conseguido anular la única noble, aunque corta fecha, tradición política que teníamos y la labor educadora de Pi y Margal y Salmerón y otros dignos republicanos, que emplearon cuarenta años de su vida en convencer al pueblo de todo lo contrario».²¹

Nuevamente, el ideario republicano aúna el ideal docente, el que nos educa como ciudadanos, y el porvenir, aunque malogrado, de los primeros republicanos. Pero también, como claro rechazo de las posturas a favor del reformismo o de la restauración que intentaron reimplantar el turnismo caciquil y que Machado nunca va a dejar de combatir:

«Abandonaron el republicanismo; algunos fueron más allá sin vocación suficiente para ello; otros, los más, quedaron en actitud torpemente pragmática, sin dignidad ideal y sin alcanzar tampoco el precio y la eficacia. Hicieron algo peor»²².

Sin embargo, no podemos olvidar cómo el acercamiento hacia esta forma de tradición se realiza, más bien, por motivos sentimentales y empáticos, en claro reconocimiento de la deuda de su formación docente, y que viene, a mi modo de ver, a sumarse a la otra voz racional del modelo del republicanismo como diálogo; y que cobra, en esta ocasión, tintes de nostalgia infantil:

«Cuando yo era niño había una emoción republicana. Recuerdo haber llorado de entusiasmo en medio de un pueblo que cantaba la Marsellesa y vitoreaba a Salmerón que volvía de Barcelona. El pueblo hablaba de una idea republicana, y esta idea era, por lo menos, una emoción, y muy noble a fe mía! ¿Por qué matarla? En vez de ahondar el foso donde se hundiese la abominable // España de la Regencia y de este reyezuelo, repugnante lombriz de caño sucio, afirmando al par el republicanismo, y acrecentándolo, depurándolo, enriqueciéndolo de nueva savia, decidieron echar un puente levadizo hasta la antesala de las mercedes. Pecaron de inocentes y, quizás, de fatuos y engreídos, porque pensaron, acaso, que ellos podrían, una vez dentro de la olla grande, dar un tono de salud al conjunto pútrido del cual iban a formar parte.
Gran error!

Creo que es preciso resucitar el republicanismo, sacando las ascuas de la ceniza y hacer hoguera con leña nueva»²³.

La emoción de la voz republicana se irá acentuando ya definitivamente en Machado, en un intento de evitar ese «Gran error», que consiste en proclamar la accidentalidad de las formas de gobierno para enmascarar, tras la Restauración y la Monarquía alfoncina, las viejas formas de gobierno y, con ellas, como gustaba decir al poeta, todos los que buscaban la escudilla palatina. Forma de gobierno que ya no representaba al pueblo y que, por tanto, había traicionado la voz de la auténtica tradición republicana a la que se sumó, como vemos, racional y sentimentalmente. Pero llegados a este punto, Machado no se deja enmudecer.

21 PD, p. 465.

22 *Idem*.

23 PD, pp. 465-466.

Bajo la sentencia con la que concluye el párrafo tratará de resucitar la vieja voz republicana; acto que le llevó, junto a otros intelectuales, a reconocer con la humildad con la que nos tenía acostumbrado, su júbilo ante la proclamación pacífica de la Segunda República en Segovia, como confiesa, no sin concesiones, a Pilar Valderrama:

«Fuimos unos cuantos republicanos platónicos los encargados de mantener el orden y ejercer el gobierno interino de la ciudad»²⁴.

Nuevamente, el marcado carácter idealista y platónico no puede enmascarar su decidido compromiso que, a partir de entonces, se realizará sin ningún tipo de titubeo o vacilación y le convertirá en una de las voces intelectuales más autorizadas del pueblo español que abraza y defiende la legitimidad de aquella reinstaurada forma de democracia popular. Pero será, sobre todo, el advenimiento pacífico, el que más contribuirá a su adhesión inicial a la proclamación, pues Machado verá en esa actitud pacífica y sin violencia, otro aspecto que justifica más el sentido idealista y racional que encontraba en el modelo del republicanismo que defendió. En este sentido, resulta ilustrativa la evocación del recuerdo segoviano en la memoria del poeta, donde la identificación entre la primavera encarnada por «las primeras hojas de los chopos y las últimas flores de los almendros»²⁵ muestra el entusiasmo y la buena nueva que representó aquel acontecimiento:

«Fue un día profundamente alegre –muchos que éramos viejos no recordábamos otro más alegre–, un día maravilloso en que la naturaleza y la historia parecían fundirse para vibrar juntas en el alma de los poetas y en los labios de los niños.

Mi amigo Antonio Ballesteros y yo izamos en el Ayuntamiento la bandera tricolor. Se cantó la Marsellesa; sonaron los compases del Himno de Riego. La Internacional no había sonado todavía. Era muy legítimo nuestro regocijo. La República había venido por sus cabales, de un modo perfecto, como resultado de unas elecciones. Todo un régimen caía sin sangre, para asombro del mundo. Ni siquiera el crimen profético de un loco, que hubiera eliminado a un traidor, turbó la faz de aquellas horas. La República salía de las urnas acabada y perfecta, como Minerva de la cabeza de Júpiter»²⁶.

3. Hacia la consolidación del ideal republicano de Machado en el *Juan de Mairena*

Pacifismo y democracia. De la reforma de las entendederas a la conciencia vigilante

El pacifismo machadiano surge por diversas razones de muy hondo calado, tales como: cierto horizonte de armonía krausista o leibniziana del apócrifo más angosto, Abel Martín; su propia disposición de carácter, reconocida en varias ocasiones, en particular, en el inmortal autorretrato; la formación ética que recibe a través de los profesores de la ILE; y, fundamentalmente, la identificación con la labor docente y eutópica, que trata de «mejorar»

²⁴ PD, p. 680.

²⁵ OC, III, p. 2183.

²⁶ OC, III, p. 2184

y «renovar» a la juventud que asiste a la escuela de su apócrifo Juan de Mairena, cuya clave la encontramos en la búsqueda constante del diálogo en sus diferentes formas. Esta intención de educar al pueblo es, también, hacer ciudadanos libres e iguales, es hacer república.

En ciertos momentos de las lecturas que por boca de Juan de Mairena realiza el poeta, la filiación entre el personaje histórico y su apócrifo resulta, en este estado de cosas, concluyente: en la búsqueda del pacifismo y la lucha por el mantenimiento del Régimen Republicano, la voz de ambos maestros se oye al unísono. La preocupación docente y cívica del profesor apócrifo quiere despertar una serie de valores identitarios que pueden entroncar con la tradición de la recién inaugurada Segunda República. De esta forma, nos encontramos con la necesidad de crear escuelas –probablemente una de las mayores y más logradas labores que realizó la República Española–, de formar ciudadanos y ciudadanas que deben entorchar ciertas actitudes irrenunciables para el pueblo. La máxima de la libertad de pensamiento tiene que ser ejercida al modo de los «librepensadores», atribuida al viejo estilo de la generación finisecular tan emparentada con las lecciones del propio Salmerón, tal y como nos advierte en clara consonancia con la labor docente y «sofística» de Mairena, «ese filósofo amable, un poco poeta y un poco escéptico»²⁷:

«Mira las cosas con su criterio librepensador, un poco influenciado por su época de fines del siglo pasado, lo cual no obsta para que ese juicio de hace veinte o treinta años pueda seguir siendo completamente actual dentro de otros tantos años»²⁸,

labor que, sin embargo, implica también la necesidad de extender el ideal de ciudadanía más allá del círculo cerrado que pudieran representar eso que se ha venido en llamar la clase política, puesto que el destinatario último no serán las élites, sino el pueblo mismo. Un pueblo y una ciudadanía que ejerzan dicha conciencia crítica con esa distancia con la que la educación debe formar a sus destinatarios, ejerciendo la libertad, pero también el respeto. En efecto, no basta con la garantía de las condiciones reales representadas por la forma de gobierno, por el ejercicio de la democracia, es necesario aprender a pensar, a ejercer el pensamiento libre:

«nosotros queremos ser sofistas, en el mejor sentido de la palabra, o, digámoslo más modestamente, en uno de los buenos sentidos de la palabra: queremos ser librepensadores. No os estrepitéis. Nosotros no hemos de pretender que se nos consienta decir todo lo malo que pensamos del monarca, de los Gobiernos, de los obispos, del Parlamento, etc. La libre emisión del pensamiento es un problema importante, pero secundario, y supeditado al nuestro, que es el de la libertad del pensamiento mismo. Por de pronto, nosotros nos preguntamos si el pensamiento, nuestro pensamiento, el de cada uno de nosotros, puede producirse con entera libertad, independientemente de que, luego, se nos permita o no emitirlo. Digámoslo retóricamente: ¿De qué nos serviría la libre emisión de un pensamiento esclavo?»²⁹.

27 OC, III, p. 2280.

28 *Idem*.

29 OC, III, pp. 2009-2010.

Por todo ello, se requiere realizar esta especie de revolución cultural, pero realizada desde el alma del pueblo, a través de la reforma «las entendederas» y del sano ejercicio de la conciencia vigilante que comienza en la propia escuela:

«Para nosotros, difundir y defender la cultura son una misma cosa: aumentar en el mundo el humano tesoro de la conciencia vigilante. ¿Cómo? Despertando al dormido. Y mientras mayor sea el número de despiertos... ¿Qué piensa el oyente?»³⁰.

Si en el terreno de la política el régimen republicano nos iguala, éste será vehiculado a través de las actitudes docentes y cívicas a las que hemos hecho referencia: la reforma de las entendederas, el ejercicio del pensamiento libre y de la conciencia vigilante. Éstas se convierten en la contrapartida para evitar el dogmatismo que ciega nuestras creencias, la ingenuidad que impide avanzar la inteligencia y, sobre todo, la violencia que engendran las creencias enfrentadas. Aquellas actitudes docentes deben promover, prevenir y extender la cultura de la paz, el orden y el trabajo.

Por tanto, teniendo en cuenta que su referente será siempre el alma del pueblo, la cultura y el ideal republicano no deben estar depositados en la clase política, sino haber germinado en la sociedad civil. Su filiación intelectual le hace recordar a esos otros hombres que siempre han luchado, con más o menos acierto, contra el sistema monárquico, estén o no dentro de la acción militante de partidos en el ejercicio profesional de dicha actividad política. La razón le lleva nuevamente a hablar como la voz del viejo republicanismo, encarnado en alguno de sus maestros como Don José Giral, por aquel entonces Ministro de Estado, del que

«Algún día, cuando se escriba la historia de nuestra gloriosa República, alguien hará constar que las figuras más representativas de ella, tanto en los días trágicos y borrascosos, como en los días de bonanza, no fueron profesionales de la política ni de la guerra, sino hombres consagrados a las actividades de la cultura, a las nobles y arduas faenas del pensamiento, hombres conocidos ya, durante la monarquía, por sus valiosas aportaciones a la ciencia, a la literatura, a las artes, a la jurisprudencia, y de los cuales sabíamos, además, que eran republicanos, es decir, que nada debían y nada esperaban del régimen entonces imperante»³¹.

En este proceso de consumación del ideal republicano, que ha encontrado en el modelo de la I República, en aquella labor iniciadora y educativa para la democracia y la ciudadanía que realizaban los primeros tribunos republicanos es abanderada aquí frente al posterior abandono del «republicanismo» de la clase intelectual y política de la generación finisecular. Todo ello le lleva a identificarse con la tradición de republicanismo que continúa con sus esfuerzos y a distanciarse de los poderes que representan la Regencia, la Restauración, la Dictadura posterior de Primo de Rivera, y que no son, sino el mantenimiento de las antiguas formas de turnismo que no llegan a emanciparse, o que, en todo caso, las traicionan, tal y como es el caso del reformismo que proclamó la accidentalidad de las formas de gobierno.

30 OC, III, p. 2317.

31 OC, III, p. 2428.

Pero en esta labor de educar para la ciudadanía, Machado, abiertamente en consonancia con el conjunto de su pensamiento, nos advierte sobre los riesgos que representan las viejas alianzas entre el trono y el altar, eso que podemos denominar, a grandes rasgos, Antiguo Régimen. La alianza entre el poder y la Iglesia pondría en riesgo el ejercicio de las libertades públicas, especialmente a aquellas que se ejercen desde la conciencia vigilante, el ejercicio de la libertad de pensamiento y esa reforma de las entendederas que debe ejercitarse en la escuela. Machado no ignora que

«El Estado no ha de avasallar a la Iglesia, pero sí ejercer sobre ella una tutela amorosa, obligar a los curas a cumplir más fiel e intensamente su misión, sin invadir otra esfera que la puramente religiosa; mejorar su situación económica y elevar, sobre todo, el nivel de su cultura»³².

Sin la separación del poder religioso y el poder político –claramente aliado durante los períodos de entre repúblicas, es decir, la Restauración, la Regencia y la Monarquía y, con ella, el periodo de la Dictadura de Primo de Rivera–, no podrán emanciparse de la vieja tradición monárquica. El Estado no debe avasallar la práctica de las creencias religiosas, pero el poder civil y democrático, que claramente representaba por entonces la República, debe de estar por encima de aquél. La legalidad debe permitir el ejercicio de la labor de la Iglesia, aunque, como contrapartida, le corresponda al Estado cierta responsabilidad fiduciaria en el mantenimiento de la labor eclesíastica.

La toma de posición de Machado como voz de las repúblicas, abiertamente civil y comprometida, se verá, sin embargo, amenazada por una realidad que aviva más su propia responsabilidad y toma de conciencia, la defensa a ultranza de los valores que ésta representa, especialmente, durante la sublevación y el proceso de guerra civil que le tocó vivir. Por tanto, aquellas voces que lo han llevado al republicanismo dialógico de Platón, al romanticismo decimonónico y a la adhesión a la Segunda República, y a la labor de ciudadanía que ejerce la escuela, se radicalización hasta adoptar ese pacifismo beligerante que le lleva a estar siempre al lado del pueblo miliciano y sencillo, el pueblo de las ciudades y los campos que se resiste contra el alzamiento militar, y a unirse en su lucha en todos los foros donde se puede escuchar su voz y su palabra.

La radicalización de la idea de república. Del compromiso ético-cívico al pacifismo beligerante

Si en sus prosas dispersas, pero sobre todo, en el *Juan de Mairena*, se va a mostrar su compromiso con la educación del pueblo –en términos más actuales, hablaríamos de ciudadanía–, la misma conciencia vigilante de la que nos habla el profesor apócrifo se aviva más en el *Juan de Mairena Póstumo* y en los escritos sueltos de la guerra. En lo esencial, el compromiso cívico y republicano es más radical al sentirse amenazadas aquellas libertades conseguidas mediante la proclamación pacífica de la II República que tanto alentó Machado. El viejo ideal docente del profesor apócrifo cobra ahora nuevamente tintes de realidad traicionada, pero no pierde sentido ni vigencia:

32 PD, pp. 687-688.

«Si yo creyera que había venido a este mundo a pelear; que todo en esta vida, esencialmente batallona, nos era concedido a título de botín de guerra, yo no sería pacifista. Porque carezco de convicciones polémicas, y porque sospecho que lo específicamente humano es la aspiración a substraerse de algún modo al *bellum omnium contra omnes*, me inclino a militar entre los partidarios y defensores de la paz»³³.

El compromiso republicano no se desprende de su horizonte romántico e idealista, que acompaña al poeta en sus itinerarios aquí brevemente reseñados, pero cobra más ímpetu, hasta transformarse en esa especie de «pacifismo beligerante» frente a los sublevados. Nuestro pensador asume como irremediable el momento en que la retórica de la guerra sustituirá a la retórica de la paz. Por todo ello, y desde el poder que supone la palabra, el escritor siempre está dispuesto a colaborar con la vigencia democrática representada por la República. El lenguaje de las palabras ha perdido ese valor de mediación que ejerce a través del diálogo y el afronte de creencias para ser sustituido por la retórica de las bayonetas y de los espolones afilados. Mairena ya nos lo advirtió, a su manera: cuando se trata de construir algo –y la paz puede ser tal vez la tarea más ingente y necesaria– hay que empezar por no destruir:

«Si se tratase de construir una casa, de nada nos aprovecharía que supiéramos tirarnos correctamente los ladrillos a la cabeza. Acaso tampoco, si se tratara de gobernar a un pueblo, nos serviría de mucho una retórica con espolones»³⁴.

Sin embargo, la guerra destruye todas aquellas condiciones que falsamente pretende alcanzar. En eso consiste la falsa retórica de hacer la guerra para preparar la paz. Pero, una vez iniciada la sublevación, hay que defenderse frente a los sublevados. Es cierto que en esas condiciones, cuando las creencias encontradas rompen las formas del diálogo pacífico, tenemos que estar doblemente convencidos, pero no lo es menos que, bajo esas mismas condiciones, es más difícil ejercer la libertad de pensamiento:

«En las épocas de guerra hay poco tiempo para pensar. Pero las pocas cosas que pensamos se tiñen de un matiz muy parecido al de la verdad. Por ejemplo: lo más terrible de la guerra es que, desde ella, se va la paz, la paz que se ha perdido, como algo más terrible todavía. Cuando el guerrero lleva este pensamiento entre ceja y ceja, su semblante adquiere una cierta expresión de santidad»³⁵.

Por todo ello, más allá del héroe que para Machado representa el pueblo, especialmente el pueblo de hombres y mujeres que defiende la República desde la sociedad civil o desde la milicia, hay que defenderse frente al levantamiento militar. La nostalgia de la paz perdida, de la legalidad usurpada por la violencia, la caída sucesiva de pueblos, aldeas y ciudades, el derramamiento de sangre inocente en ambos bandos, los crímenes derivados de la contienda,

33 OC, III, p. 2340.

34 OC, III, p. 1920.

35 OC, III, p. 2380.

le aferrarán más a nuestro poeta a promover esa especie de pacifismo beligerante, cuya declaración más expresa se encuentra, a mi juicio, en las siguientes palabras:

«Aunque os he hablado y os hablaré mucho contra la guerra –sigue conversando Mairena con sus alumnos– no quiero dejar de advertiros que *la paz a ultranza*, que es, al fin, el mantenimiento de una paz asentada en parte sobre la iniquidades de la guerra, es una fórmula hueca, que acaso coincida con las guerras más catastróficas de la historia. Porque una *paz a todo trance* tendría su más inequívoca reducción al absurdo ante este inevitable dilema: o cruzarnos de brazos ante la iniquidad, o guerrear por la justicia, si eligiéramos el principio de los dos términos. ¿Quién duda que, en ese caso, todos los hombres bien nacidos serían guerreros, y pacifistas todos los sinvergüenzas que pueblan el planeta? La paz como finalidad suprema no es menos absurda que la guerra por la fuerza misma, ambas posiciones tienden a despojarse de todo su contenido espiritual, y ambas conducen a la muerte, sin eliminar la lucha entre fieras»³⁶.

Hasta este momento, siguiendo las doctrinas de sus apócrifo Martín, Machado hace de la «metafísica de la paz»³⁷ el objetivo común de la vieja ontología martiniana y de la sofística de Mairena. A veces, como le ocurrió al propio Platón, el desencanto por la actividad política y su puesta en práctica, le hace a Machado identificarse con el autor de *La República*, en el doble sentido de refundar a su manera la necesidad del diálogo y la educación como formas de evitar el conflicto, tal y como venimos sugiriendo; pero también, bajo esos síntomas de abandono de la práctica de la política real:

«Y en cuanto al fracaso de Platón en política, habremos de buscarlo donde seguramente no lo encontraremos: en su inmortal *República*. Porque ésta fue la política que hizo Platón»³⁸.

En efecto, sólo desde la experiencia docente, el aula como foro para el debate de las ideas, la crítica de las creencias y la superación de los tabúes, podemos educarnos para la paz. Al abrigo de la metafísica de Abel Martín surge esa retórica de su discípulo Mairena, una retórica de la paz. Sólo aprendiendo a preguntar y a responder, e incluso, a saber permanecer en silencio, el infante y el niño, el maestro y el alumno, pueden guardar la distancia suficiente para debatir, evitando los extremos que puedan llevarle a la pérdida del respeto, a la intolerancia, a la trifulca o la pelea, tal y como gustaba decir al profesor apócrifo. Extender y hacer cultura desde el alma del pueblo a través de la escuela, hacer compatible el diálogo sostenido entre la vejez y la juventud, son los mejores antídotos para evitar la metafísica guerrera. El lenguaje maireniano no puede ser más explícito, se trata de evitar los espolones, de pensar en vez de «embestir», de dialogar en vez de «polemizar».

36 OC, III, p. 2387.

37 OC, III, p. 2341.

38 OC, III, p. 1919.

Pero sentando los ideales y los principios a los que venimos haciendo referencia, también se manifiestan sus riesgos reales:

«Los españoles somos naturalmente reaccionarios, no porque estemos siempre enamorados de lo viejo –muchas veces nos apasiona lo nuevo– sino porque nuestra posición firme es siempre contra algo. Tuvimos una República sin republicanos. Apenas había una docena en España –entre ellos me contaba yo– cuando, casi unánimemente, decidimos abolir el régimen monárquico. ¿Para siempre? Bah! A los dos meses de proclamada la República, apenas había un español sin cartera, dirección general o sinecura del estado que no dijera: «No era ésta la República que yo había votado»³⁹.

Y, sin embargo, frente a lo que pudiera parecer, frente a la amenaza real, el sabio consejo de sagacidad nunca dejará de estar presente en la mente de Machado y que en palabras de Mairena se convierte en señal de advertencia, pero nunca de deserción:

«Nunca peguéis con lacre las hojas secas de los árboles para fatigar al viento. Porque el viento no se fatiga, sino que se enfada, y se lleva las hojas secas y las verdes»⁴⁰.

Con sus errores y sus aciertos, con sus logros y sus insuficiencias, la República, la que inspiró el compromiso real de nuestro poeta, se había encontrado con ese «huracán» que supuso el levantamiento militar contra la legalidad vigente. No era el momento de reconocer errores o aciertos, que los hubo, y Machado fue absolutamente consciente, sino de aunar fuerzas para evitar la derrota del régimen democrático. El diálogo y la escuela ya no eran suficientes. En el fondo, el pensamiento del poeta y pensador, al que denominaremos pensamiento eutópico, en el sentido de que habría hecho del aula el buen lugar, el espacio real para hacer ciudadanos y ciudadanos, que bajo las actitudes antes señaladas habrían sostenido la metafísica de la paz. De no ser así, las olas de cinismo, en expresión maireniana, nos traerían la peor de las catástrofes para el ser humano: la guerra. Llegado el desenlace fatal, se cumple esa triste y paradójica verdad que emparenta la conciencia vigilante maireniana con las dos retóricas: la retórica de la paz y la retórica de la guerra, siempre bajo la máxima maireniana de que «el pensamiento es esencialmente amoroso y no polémico»⁴¹, nos advierte:

«Mas tampoco dejé de advertiros que la guerra es, a veces, un gran avivador de conciencias adormiladas, y que aún los despiertos pueden encontrar en ella algunos nuevos motivos de reflexión»⁴².

Y de eso se trata, de estar despiertos, de estar al lado de un pueblo insuficientemente cultivado en el republicanismo, pero que bajo ningún concepto quiere perder su libertad –a juicio de Machado– De nada nos serviría, repitamos una vez más las palabras de Mairena, «una República sin republicanos». Sólo se es libre si se educa en libertad. Machado, que

39 OC, III, p. 2147.

40 OC, III, p. 2311.

41 OC, III, p. 2440.

42 *Idem*.

se mostró especialmente crítico con el reformismo de Melquíades Álvarez, lo fue también con aquellos partidos políticos que, como las viejas organizaciones, se amparaban bajo el paraguas de la República y la utilizaban como si se tratara de un caballo de Troya. Por ello, se mostró igualmente beligerante contra Alejandro Lerroux:

«Un político nefasto, un verdadero monstruo de vileza, mixto de Judas Iscariote y caballo de Troya, tomó a su cargo el vender –literalmente y a poco precio– a la República, al dar acogida en su vientre insondable a los peores enemigos del pueblo»⁴³

Se alude al silencio, al cinismo y a la complicidad de una derecha no convencida de la legalidad y las virtudes del republicanismo, y que es vista por Machado como aliada de las fuerzas reaccionarias. Contra ella, toma partido abiertamente por esta otra voz de las repúblicas, la de la Tercera República, en claro compromiso, esta vez más radical y militante:

«Pero la traición fracasó dentro de casa, porque el pueblo, despierto y vigilante, la había advertido. Y surgió la República actual, la más gloriosa de las tres –digámoslo hoy valientemente, porque dentro de veinte años lo dirán a coro los niños de las escuelas–; surgió la tercera República Española con el triunfo en las urnas del Frente Popular. Volvían los mismos hombres de 1931 obedientes al pueblo, cuya voluntad legítimamente representaban; y otra vez traían un mandato del pueblo, que no era precisamente la Revolución liberal, pero sí el deber ineludible de no retroceder ante ningún sacrificio, si la reacción vencida intentaba nuevas y desesperadas traiciones. Y surgió la rebelión de los militares, la traición madura y definitiva que se había gestado durante años enteros. Fue uno de los hechos más cobardes que registra la historia. Los militares rebeldes volvieron contra el pueblo todas las armas que el pueblo había puesto en sus manos para defender a la nación, y como no tenían brazos voluntarios para empuñarlas, los compraron al hambre africana, pagaron con oro, que tampoco era suyo, todo un ejército de mercenarios, y como esto no era todavía bastante para triunfar de un pueblo casi inerme, pero heroico y abnegado, abrieron nuestros puertos y nuestras fronteras a los anhelos imperialistas de dos grandes potencias europeas. ¿A qué seguir?... Vendieron a España. Pero la fortaleza de la Tercera República sigue en pie. Hoy la defiende el pueblo contra los traidores de dentro y los invasores de fuera, porque la República, que empezó siendo una noble experiencia española, es hoy España misma. Y es el nombre de España, sin adjetivos, el que debemos destacar en este 14 de Abril de 1937»⁴⁴.

La política de hechos consumados radicaliza la actitud política de un Machado que se sitúa ya claramente en la izquierda y en la defensa de los ideales revolucionarios que encontraba en la legitimidad republicana. Baste la relectura del texto para comprobar su acertado conocimiento de la situación que le toca vivir. No pretendo yo hacer aquí un diario de guerra, que podemos encontrar, en cierto sentido, en sus prosas de guerra, sino poner de

43 OC, III, p. 2185.

44 OC, III, p. 2186.

manifiesto la identificación intelectual y personal del poeta con las voces de la República. Machado, testigo y sujeto de aquella historia, nos describe con la rabia de quien va viendo el curso de unos acontecimientos que le llevarán de Madrid a Valencia, de Valencia a Barcelona y de aquí a la Francia del exilio, como a muchos otros tantos hombres y mujeres que se habían mantenido fieles al gobierno de la República; hace del pasaje arriba citado, no un folleto al servicio de esa misma República, sino el testamento vital de alguien que siempre tuvo claras las voces de aquellas repúblicas aludidas: la de Platón, la de Salmerón, la Segunda República y esta Tercera República, que como la del treinta y uno, bien podía presentarse con conciencia de un mañana pacífico, libre y tolerante, que evite la catástrofe de la guerra en sus diferentes formas, sostenible sólo desde el ejercicio de la ciudadanía, el diálogo y la palabra, es decir, hacer república es hacer escuela, y no, como le gustaba decir a Mairena, «pedagogía de regadera». Más allá de traiciones y cinismo, educar para la paz y la tolerancia, hacer ciudadanos y ciudadanas, es el mejor antídoto contra las diferentes formas de violencia. Revolución y pacifismo irán siempre unidos en el fondo republicano del pensamiento de Machado; y como aquellas palabras que pronunció en el Teatro Juan Bravo en su presentación y de bienvenida a Ortega, Marañón y Pérez de Ayala, allá por febrero del treinta y uno:

«La revolución no consiste en volverse loco y lanzarse a levantar barricadas. Es algo menos violento, pero mucho más grave. Rota la continuidad evolutiva de nuestra historia, sólo cabe saltar hacia el mañana, y para ello se requiere el concurso de mentalidades creadoras, porque, sin ellas, la revolución es catástrofe»⁴⁵.

45 PD, p. 669.